

LA ULTIMA MODA

AÑO III

Revista ilustrada Hispano-Americana.

Núm. 109

SUSCRICIÓN PENÍNSULA

	Directa.	Por comisionado.
Tres meses. pesetas	3	3,50
Seis meses. "	6	7,00
Un año. "	12	14,00

Número corriente, 25 cént. Atrasado, 50.

Madrid 2 de Febrero de 1890.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CLAUDIO COELLO, 13, MADRID

Teléfono núm. 2205.

SUSCRICIÓN AMÉRICA

Cuba y Puerto Rico, seis meses. 3 pesos 60 centavos oro
un año. 5 " 30 "

NÚMERO SUELTO: Un real fuerte.

Filipinas, un año. 6 pesos fuertes.
En los Estados de América fijarán el precio los señores Corresponsales.

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.
Carnet de la Moda, por Clementina.—
Explicación de los grabados.—Labores.—
Conocimientos útiles: La casa, por doña María Teresa Lallave.—El señor de Pérez (conclusión), por Mario Lara.—Curiosidades: Las violetas, por Daniel García.—Los millones, por Julio Claretie.—A la luz de la lámpara, por El Abate.—Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—El regalo de este número.—
Recetas de la mujer casera.—Anuncios.

Crónica de la Moda.

La triste y dolorosa epidemia que tanto ha mortificado á la vieja Europa comenzó por una sonrisa, alarde de valor, y termina con una carcajada, emblema del placer de la loca humanidad.

Al principio pareció cosa baladí; los médicos dijeron que no había que hacer caso de los catarros, y los que estornudaban y tosían se reían de sí mismos, alardeando de una tranquilidad de espíritu que era poco menos que un reto.

Pero los más fuertes cayeron, y la consternación fué general.

Con la salud no se debe ni se puede jugar.

Pasaron las desdichas; se alejaron para siempre muchos seres queridos; poco á poco cesó la intensidad del mal, y los que en vista de los estragos vivían amedrentados, respiran á sus anchas y hasta olvidan las dolorosas horas del pasado para buscar compensación en las horas alegres que brinda el porvenir.

Rusia celebra ya bailes de máscaras. En uno de ellos, que ha sido un verdadero concurso, ha conseguido el premio una nobilísima y elegante dama moscovita que se presentó disfrazada de *Influenza*.

En París hace furor la canción popular de la *Grippe*, lo que prueba que aquí somos capaces de ponerlo todo en música.

Los ingleses, más prácticos, han ideado hacer un pastel llamado *Plum cake-influenza*, que saborean actualmente en los banquetes aristocráticos que celebran en Londres las ladies y los lores. Y, por último, Italia ha convertido el *Dengue* en una pieza cómica que se representa en los teatros, y, según cuentan, hace desternillarse de risa á los espectadores. ¡Debilidades humanas! dirán algunos. No: son fuerzas, más que debilidades; es el instinto de conservación que se abre paso. Hay que olvidar lo triste, porque es necesario vivir, y con la tristeza se muere. Lentamente, pero se muere.

Puesto que Europa vuelve á tomar en broma lo que ha sido harto serio, no es cosa de que las lectoras dejen de conocer el disfraz, ya que no puedan oír la música, asistir á la comedia ni saborear el pastel que ha inspirado la por fortuna extinguida epidemia.



NÚM. 1.—SOBRETUDO PARA PASEO

NÚM. 2.—ABRIGO ELEGANTE

Es un traje de estilo oriental, lo que no parecerá extraño si se recuerda que Persia es la cuna de la enfermedad que se trata de simbolizar. En la cabeza ostentaba la máscara un gorro como el que habrán visto las lectoras en los retratos del famoso Shah, que tanto dió que hablar en París por sus riquezas durante uno de los más brillantes períodos de la última Exposición Universal. En el cuerpo, escotado á la circasiana, y en la amplia falda, aparecía pintado el mapamundi, y una araña de grandes dimensiones, partiendo del Golfo Pérsico, extendía sus velludas patas por todos los países de los dos hemisferios. En el cuello y en las orejas, muchos dorados cequíes, moneda oriental, como para dar á entender que la *Influenza* es una enfermedad cara al bolsillo. La enmascarada llevaba en la mano un gran abanico, en cuyo país aparecían los farmacéuticos acogiendo con la mayor alegría á la enfermedad en cuestión, y á los miembros de su desastrosa familia, la tos, la fiebre, el reumatismo, etc.

Este humorístico traje ha llamado mucho la atención en el círculo de la nobleza de San Petersburgo, y no será extraño que en los bailes de la Gran Opera de París se imite ó se invente algún otro parecido.

Los preparativos que se hacen, tanto para los bailes artísticos de que hablé en mi anterior *Crónica*, como para los de sociedad, demuestran los mejores ánimos para celebrar el Carnaval.

No sé si en España participarán de este buen humor los aficionados á divertirse. Si es así, tanto en los grabados como en las descripciones que ha hecho de algunos modelos notables *LA ULTIMA MODA*, ha ofrecido á sus lectoras ocasión de elegir; y además me consta que en uno de los próximos números ofrecerá un gran panorama de disfraces. He tenido ocasión de ver el dibujo, y estoy segura de que, tanto la composición como los disfraces, agradarán aun á las más exigentes.

Entretanto, las bodas que se aplazaron y que se celebran ahora, permiten á las damas elegantes lucir las últimas creaciones de la Moda.

También está muy concurrido el

Palacio de Nieve. Este palacio, convertido en *skating-ring*, es la famosa gran plaza de toros que tanto ha preocupado á los parisienses durante el último verano.

Donde los toreros españoles admiraron con su valor y su destreza á los parisienses y á los extranjeros, hay en la actualidad una capa de hielo de diez á doce centímetros de espesor, y sobre aquel terreno resbaladizo se reúnen á patinar los aficionados de uno y otro sexo, y á contemplarlos los espectadores.

El *Palacio de Nieve*, por efecto de combinaciones químicas, ofrece la rara circunstancia de estar helado y caliente á la vez. Es decir, los espectadores no se enfrían, porque hay 10.000 pequeños calentadores de agua hirviendo que, colocan

AÑO III.—NÚM. 109.

dose sumisos bajo los pies de los que acuden á admirar la destreza de los patinadores, les permiten disfrutar de una templada temperatura. Además hay estufas convenientemente colocadas en la gradería.

El calor no contribuye, sin embargo, á que se rompa el hielo.

La Empresa de este nuevo espectáculo ha destinado á los pobres el producto de la función inaugural, y con sólo saber que pasó de 15.000 francos, se comprenderá que acudió mucha gente á patinar y á ver patinar.

También se celebran muchos conciertos, cosa rara en esta época del año, pues por lo general los parisienses sólo parecen entusiasmarse por la buena música durante la Cuaresma.

En este invierno todo es extraordinario; todo desobedece al ritual de las costumbres.

A pesar de la favorable reacción que se ha operado en los ánimos y de la terminación de la aflictiva epidemia, todavía no han regresado las aristocráticas familias que se fueron á Niza, y me escriben desde la primavera ciudad que baña el Mediterráneo, que no recuerdan un período más brillante de fiestas que el que disfrutan actualmente.

Hasta después del Carnaval, que promete ser brillantísimo, no volverán á París muchos astros de los salones, que aumentan con sus esplendores la luz y la belleza de la ciudad cosmopolita.

Ya se han celebrado allí las primeras carreras de caballos, y las inglesas, rusas y francesas rivalizaron en el lujo y elegancia de sus trajes y adornos.

Entre las rusas que más se han distinguido, figuran la princesa Yuriewski y su hija la gran duquesa Catalina. La librea de sus lacayos es negra con cordones de oro. La Princesa se ha condenado á eterno luto desde que murió el emperador Alejandro. Ostentaba en las carreras un magnífico traje negro, y su hija uno gris preciosísimo.

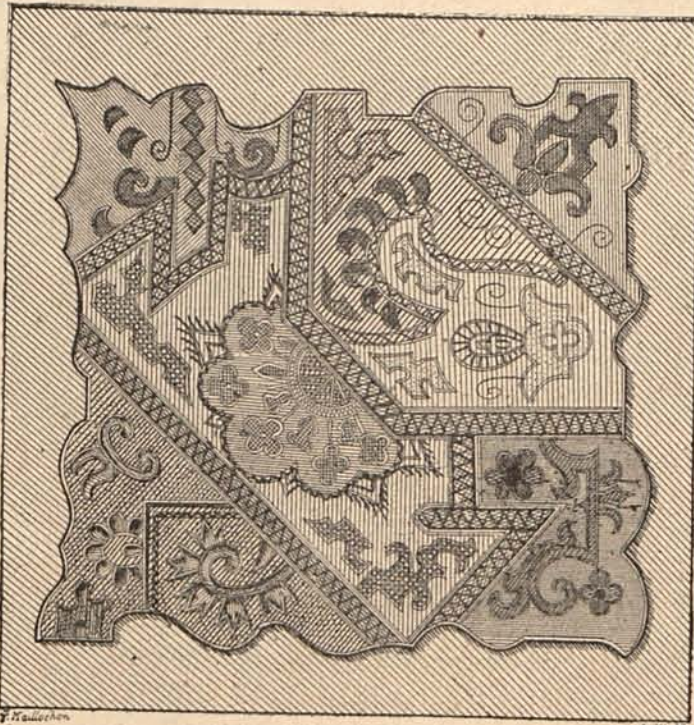
Las inglesas, que son las inventoras de los sombreros grandes que tanta boga han alcanzado, no se los ponen nunca en Niza, que es donde lucen sus elegancias: sólo llevan diminutas tocas ó capotas con bridas. Me aseguran que las tocas han llegado este año en Niza á su mayor apogeo. Por supuesto, que se adornan mucho con plumas de pájaros multicolores, alas de mariposas, bordados de pedrería, en los que figuran los granates, rubíes y topacios, como los más predilectos. Las tocas se rodean con una banda de terciopelo ó seda que forma una especie de turbante, sujeto delante por penachitos de azabache ó por broches, hebillas ó alfileres de oro y brillantes. Son una verdadera maravilla, sobre todo cuando prestan su encanto á rostros finos y sonrosados.

El célebre modisto Félix ha inventado un abrigo, cuyo primer modelo lució en las carreras de que hablo una de las hijas de la duquesa de Uzés. Imaginen las lectoras una larga levita de *peluche* de nutria, que baja hasta los pies. Después se han hecho algunas de *peluche* azul marino. La levita está cerrada por delante desde arriba á abajo y tiene cuello de pieles. Cuando la que la lleva quiere, se la desabrocha y deja ver entonces un delantero de raso, cuajado de bordados de oro y azabaches, que produce un efecto mágico.

Esta caprichosa prenda ha gustado tanto, que son pocas ya las señoras que no poseen y lucen en Niza la *levita-sorpresa*.

En el espléndido Casino del Mediterráneo se ha celebrado el gran baile que sirve de prólogo á los demás que ofrece Niza á sus huéspedes, hasta terminar con las famosas batallas de flores y los bailes de trajes del Carnaval.

En la fiesta á que aludo hubo una magnífica exhibición de trajes de *soirée* de gran novedad. La Moda actual, que, como ya he indicado, aspira á educar el sentimiento artístico, innato en la mujer, exige, tanto en el fondo como en los accesorios del traje, una



NÚM. 3.—TAPETITO PARA MESA

mezcla de colores que deben ser elegidos con acierto y hasta con inspiración para formar un armonioso y estético conjunto. Una *toilette* de baile debe ostentar lo menos cuatro ó cinco colores diferentes. También pueden armonizarse distintos matices de un mismo color. En una palabra, el traje y el adorno femeninos tienen que ser verdaderas obras de arte.

Daré una idea de estas combinaciones describiendo un traje *Reina Hortensia*, que Worth envió á Niza á una joven y bella inglesa para asistir al baile de que hablo. Falda de crespón liso color paja y cuerpo de terciopelo heliotropo. Las cintas que adornan el cuerpo y la falda, lo mismo que el cinturón, azul *miosotis*. El conjunto producía un bonito efecto. Este traje, destinado á una rubia de cabellos de oro, debía completarse con un peinado catogán, ornado con tres diademas de turquesas y diminutos diamantes.

No terminaré mis noticias de Niza sin decir á las lectoras, para su satisfacción, que el cónsul de España, Sr. Gambart, es una de las principales figuras en las fiestas á que asiste y en las que da en su preciosa *villa*, que es á la vez un interesante museo artístico.

El día 9 abrirá sus salones el Hotel de Ville, y ofrecerá á todas las clases parisienses el baile anual, que suele ser, desde el punto de vista de los trajes y el personal, una reproducción de la Torre de Babel.

Pero el Municipio, que durante todo el año hace pasar malos ratos á los contribuyentes, debe siquiera una noche resarcirlos. El baile promete ser muy animado.—B. VALMONT.

Carnet de la Moda.

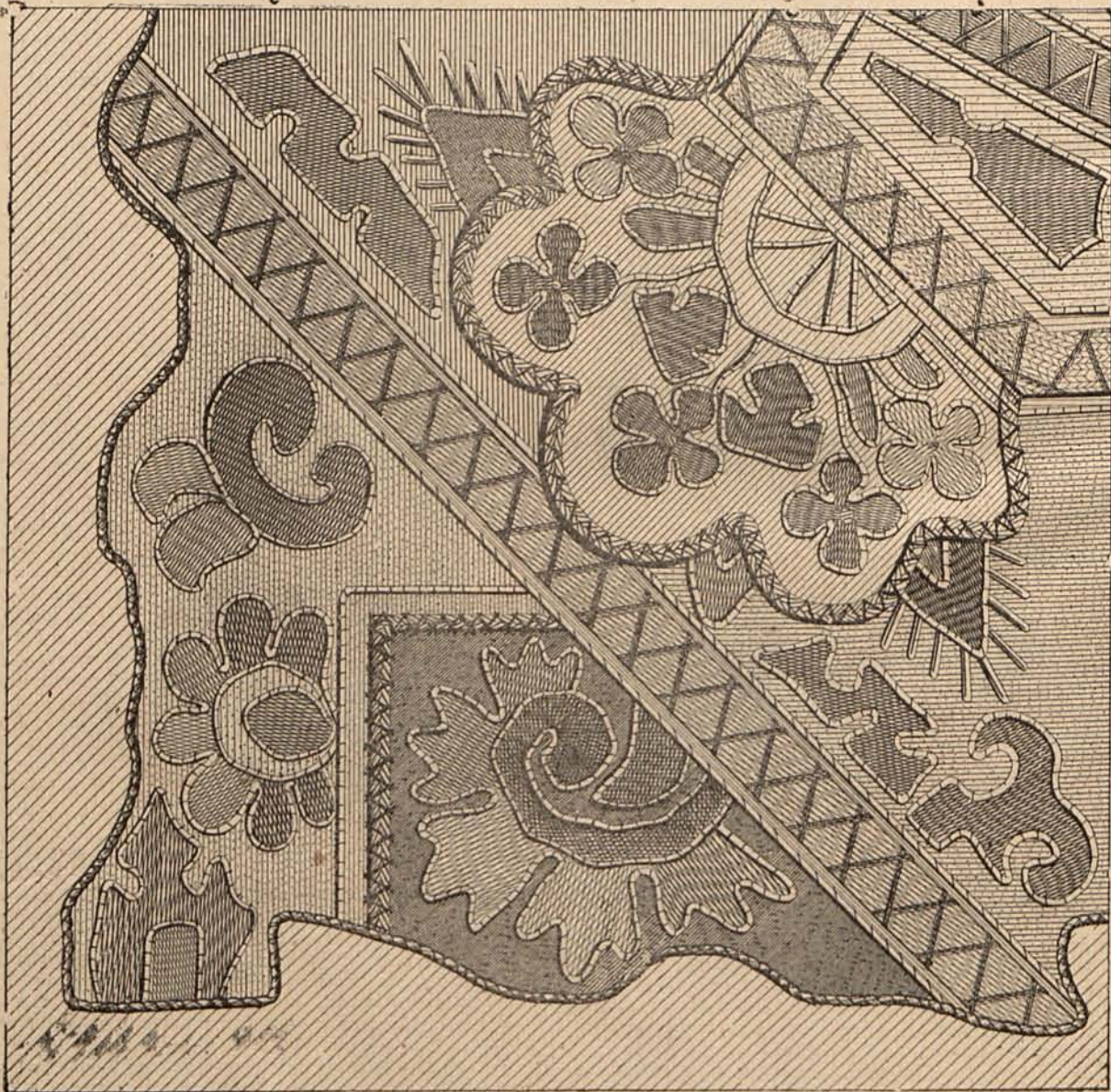
Juzgo que han de parecer interesantes á nuestras amables lectoras las páginas del centro de este número. En ellas aparecen reunidos los últimos modelos de trajes ideados por la Moda. La mayor parte de estos modelos los ofrecemos á nuestras suscriptoras bajo dos aspectos distintos, á fin de que puedan apreciar mejor su novedad y elegancia. El magnífico abrigo Emperatriz, de *peluche* nutria y piel de cabra blanca de América, figura en el *trousseau* de la señorita de Uzés, de cuya boda dió cuenta Blanca Valmont en una de sus *Crónicas*. Los dos abrigos que aparecen en la primera página, son distinguidos en extremo; y el traje ruso, de la tercera, merece atención por lo original de su forma y adornos.

La Moda tiende sus vuelos hacia la remota época de los Valois, y, como es natural, los tocados la siguen muy de cerca. La última novedad en capotas consiste

en pequeños *beguines* formados por tres piezas, muy parecidos á los que se destinan á los niños recién nacidos. El fondo es de brocado de oro ó plata, y los contornos se rodean con un grueso cordón de pasamanería. El adorno consiste en un bonito *esprit* de pluma, salpicado de chispas de brillantes. Otros modelos son de fina pasamanería de azabache calada y colocada sobre un fondo de terciopelo azul rojo ó violeta. Una triple diadema de azabache adorna la parte de delante.

El éxito que han alcanzado estas capotas desde su aparición, es verdaderamente asombroso.

Una de las más célebres modistas de París ha ideado una original salida de teatro que lleva el nombre de *Danicheff*. Es de *peluche* mordorada. Los delanteros, sin pinzas y un poco más largos que los de una chaqueta, se cierran con tres sardinetas de pasamanería de plata. La espalda se adorna con aplicaciones de piel negra, sujetas con golpecitos de pasamanería de plata. Mangas de cabestrillo. La parte alta del abrigo desaparece bajo un ancho canesú formado con aplicaciones de piel y pasamanería de plata. De este



NÚM. 4.—CUARTA PARTE DEL TAPETITO NÚM. 3

canesú parten gruesos flecos de pasamanería de plata, que bajan hasta el borde del abrigo.

La forma amazona es la que se emplea este invierno con marcada preferencia para los trajes de paño y aun para los de cachemir. La falda, bastante larga y ceñida en las caderas, se pliega únicamente en la parte de detrás. El cuerpo, muy ajustado y formando largas aldetas, parece ideado para hacer resaltar la elegancia de un talle esbelto.

Esta forma ha sido muy bien acogida por las señoras elegantes.

Los colores que se eligen para estos trajes son claros, por lo general: reseda, rosa marfil, turquesa, mordorado, etc.

Como adornos, las tiras de piel, los galones ó la pasamanería.

Los corseletes van ganando terreno paso á paso, hasta el punto de que difícilmente puede encontrarse un cuerpo para trajes de teatro, baile, recepción, visita, etc., que no tenga por complemento esta linda adición.

Los corseletes son de formas tan diferentes, que sería interminable mi tarea si tuviera la pretensión de describir todos los modelos. Sólo indicaré que se hacen anchos, estrechos, abiertos en forma de corazón, formando almenas ó pronunciados picos, con ó sin hombreras, estilo *Edad Media* ó *Trovador*, que viene á ser lo mismo, cerrados con cordones ó con anchas cintas cruzadas. Por fin, respecto de los corseletes, puede decirse que todas las formas están de moda, y que la fantasía preside necesariamente á su hechura.

Citaré, como muy distinguido, un traje de recibir á propósito para señora mayor. Es de *peluche* negra y seda brochada, fondo color pensamiento con rameados negros. Larga levita Princesa de *peluche*, plegada en la parte de detrás y formando media cola. El cuerpo, semiajustado, se abre sobre un *plastrón* de seda brochada, adornado con una cascada de encaje negro. El delantero de la falda es de seda brochada, y se adorna del mismo modo que el *plastrón*. Mangas de seda brochada, con hombreras de *peluche* y vuelillos de encaje.

Terminaré indicando algunos detalles acerca de los trajes para baile que ostentan los caballeros. El pantalón corto se aclimata por momentos. La gardenia que adornaba el ojal del frac ha sido sustituida por la anémoma de tonos pajizos. Algunos elegantes han adoptado la corbata amarilla; pero es una fantasía á la que no auguro larga vida.

CLEMENTINA

Explicación de los grabados.

Núm. 1. **Sobretodo para paseo.**—Es de fino paño verde oscuro. La espalda es muy entallada en el cuerpo y recta en la parte de falda. Los delanteros, adornados con bordados de *soutache* negra, están sueltos sobre un delantero de *peluche*. Mangas lisas con puños bordados de *soutache*. Pequeña capota de *peluche* negra, adornada con *esprit* de pluma sujeto por un broche de azabache.

Núm. 2. **Abrigo elegante.**—De terciopelo cincelado negro. Cuerpo liso, abierto sobre un *plastrón* drapado. Mangas lisas. La falda, fruncida en la parte de detrás, se cierra interiormente en el costado. Gran cuello moscovita y anchos puños de piel de zorro azul. Pequeña capota de terciopelo negro.

Números 2 y 3. (Véase *Labores*.)

Núm. 4. **Traje ruso.**—Cuerpo plegado al bies, de terciopelo azul muy oscuro, sujeto por un cinturón-corselete de piel de marta zibelina. Mangas mitad de terciopelo y mitad de piel. Cuello y puños de piel. Falda recta de terciopelo, guarnecida con anchas tiras de piel. Túnica muy corta y plegada. Toca de terciopelo azul y piel de marta zibelina. Tela necesaria: 22 metros de terciopelo azul oscuro.

Núm. 6. **Traje para recibir.**—Larga levita de cachemir violeta, adornada con un estrecho galón de terciopelo negro y abierta sobre un delantero de *surah* crema. Las mangas son de terciopelo negro, con acuchillados de *surah* crema. Un cinturón de pasamanería con borlas en las puntas rodea la cintura y se anuda flojo en la parte de delante. Tela necesaria: 8 metros de cachemir, uno de terciopelo y 2 de *surah*.

Núm. 7. **Modelos de última novedad (1 y 1 bis).**—**Delantero y espalda de un traje para visita.**—Es de cachemir azul japonés. Cuerpo corto, formando picos en la parte inferior y cubierto de aplicaciones de pasamanería negra. Los delanteros se abren sobre una camiseta plegada de *surah* negro. Mangas lisas con hombreras de pasamanería. Falda recta, plegada en el delantero y la parte de detrás. Los costados de la falda desaparecen bajo anchas quillas de pasamanería. Sombrero de terciopelo azul, adornado con grupos de plumas y lazos de cinta. Tela necesaria: 11 metros de cachemir, doble ancho.

(2 y 2 bis). **Delantero y espalda de una chaqueta fantasía.**—Es de paño beige. Los delanteros se cierran por medio de grandes sardinetas de pasamanería nutria. Un cuello de *peluche* nutria, formando solapas, rodea un pequeño *plastrón*

de pasamanería. La espalda, entallada, se adorna también con aplicaciones de pasamanería. Mangas fruncidas, bordadas de pasamanería y con anchas carteras estilo Enrique II. Sombrero de terciopelo nutria, adornado con un lazo de cinta escocesa.

(3 y 3 bis). **Delantero y espalda de un traje para paseo.**—Cuerpo coraza de paño Eiffel, formando largas aldetas, adornadas con botones. Cinturón-corselete de seda escocesa. Mangas mitad de paño y mitad de seda escocesa. Boa de piel negra. Falda ligeramente fruncida, guarnecida con dos anchas tiras de seda escocesa. Sombrero de fieltro negro, adornado con dos plumas Eiffel. Tela necesaria: 8 metros de paño Eiffel y 3 de seda escocesa.

(4 y 4 bis). **Delantero y espalda de un traje de ceremonia.**—Es de piel de seda malva. Cuerpo corto, adornado en su parte alta con estrechos galones de pasamanería de oro. Un alto corselete de pasamanería negra y oro cubre por completo la parte baja del cuerpo. Mangas de piel de seda malva, con hombreras fruncidas, adornada con pequeños botones de oro. Túnica recta formando larga cola, adornada con grandes aplicaciones de pasamanería negra y oro. Esta túnica se abre en el delantero para dejar ver una falda de seda, guarnecida con galones de oro. Tela necesaria: 28 metros de piel de seda color malva.

Núm. 8. **Abrigo Emperatriz.**—Este abrigo es de *peluche* piel de nutria, forrado de piel de cabra blanca de América. El cuello esclavina y la ancha tira que rodea el borde inferior del abrigo son también de piel de cabra blanca. Sombrero de *peluche* nutria, adornado con una inmensa pluma amazona blanca.

LABORES

Núm. 2. **Tapetito para mesa.**—El fondo es de paño beige y se adorna con aplicaciones de terciopelo azul y beige, sujetas por medio de un delgado cordón de oro. Un galón, también de oro, cruza las esquinas del tapetito y se sujeta con puntos lanzados, hechos con seda azul.

Núm. 3. **Cuarta parte del tapetito núm. 2, tamaño natural.**

CONOCIMIENTOS ÚTILES

LA CASA

VIII

EL CRÉDITO.—Insistiré en demostrar que el peor negocio que se puede hacer, es adquirir los objetos al fiado.

Por nada del mundo se debe tomar lo que no ha de pagarse inmediatamente.

El comercio sabe ingeniarlo; por hacer su negocio, causa la ruina de muchas familias de las más ricas y distinguidas.

Supongamos que va una señora á una tienda á comprar un objeto insignificante... un poco de tela... cualquier cosa.

El comerciante sabe la posición que ocupa; sabe que su marido es rico, y pretextando que, no para comprar, sino para que conozca las novedades que han llegado, para que pueda formarse una idea, para que, en fin, pueda proteger á la tienda recomendando á sus amigas los géneros que tiene, empieza á mostrarle todas esas maravillas que el ingenio moderno ofrece al lujo para satisfacer sus caprichos.

¿Y qué sucede? La señora, que no pensaba comprar un vestido, por ejemplo, al ver uno preciosísimo:

—¡De buena gana le compraría, pero ya he agotado el presupuesto de este mes!

—Eso no importa, señora; lléveselo usted, responde el comerciante echando ya sus cálculos.

—No, de ningún modo.

—Nos hace usted una ofensa, insiste el comerciante, acondicionando el vestido convenientemente; usted puede tomar de esta casa todo lo que quiera, en la seguridad de que la colocación de los objetos que fabrican, venden los productos concediendo al comprador la facultad de pagarles un tanto mensual.

No hay duda de que esto es ventajoso; pero, en mi concepto, no se debe usarse esta facilidad sino con la mayor reserva, y solamente cuando haya seguridad de poder pagar puntualmente los plazos convenidos.

Este modo de adquirir ofrece siempre el inconveniente de comprometer el porvenir de la familia, y puede crear verdaderos apuros.

Desde otro punto de vista, conviene observar que todo el que compra de este modo, paga seguramente el interés del anticipo que le hacen.

En primer lugar, como le dispensan un favor, no puede examinar con minuciosidad los objetos, ni descubrir sus faltas, y aun descubriéndolas, tiene que ser

considerado con el que desde luego le favorece.

Paga mucho más de lo que valen los objetos, y está demostrado que el que compra al contado, no solamente compra lo más barato, sino lo mejor, y que los objetos que adquiere le conservan la tranquilidad de espíritu, que es muy importante.

Sabe que lo que lleva a su casa es suyo, y que puede disfrutarlo a sus anchas.

MARIA TERESA DE LALLAVE.

EL SEÑOR DE PEREZ

POR MARIO LARA

(Conclusión.)

La pobre mujer subió a escape detrás del literato satírico, le pidió explicaciones, las obtuvo, y animada del más noble deseo, concibió el propósito de evitar una catástrofe.

—Voy a su casa, dijo; si aún es tiempo, sabrá que es su protector... En este caso no es posible callarlo... Y luego iré a verle a él y le diré que Marcos... Pero no... él le conoce; habrá ocurrido algo, y yo debo saberlo... Esos señores olvidan fácilmente el nombre de sus favorecidos. ¡El maldito periódico!... ¡Ya lo decía yo, que eso no podía acabar bien! ¡Insultar a las gentes!

Se echó un mantón, se puso un pañuelo a la cabeza, cerró la portera y se dirigió a escape a casa de Marcos. Eran las cuatro y media; el lance no debía verificarse hasta las seis; tenía tiempo.

En el camino encontró dos ó tres conocidas, y anunciándoles que tenía prisa, perdió media hora conversando con ellas.

Cuando llegó, acababa de salir Marcos con tres caballeros que habían ido a buscarle en un coche particular.

Habló con su madre, y la vio tan tranquila, que no se atrevió a revelar lo que pasaba; lo cual, en honor de la verdad, fué un milagro. Salíó de allí pensando que lo mejor que podía hacer era ir a casa del señor de Pérez y enterar a su familia de lo que ocurría, para que pusieran en juego los medios de evitar una desgracia.

Así lo hizo.

—¿Está el señor? preguntó.

—No, contestó el portero.

—¿Y la señora?

—Sí; pero no recibe.

—Es que se trata de un caso urgente.

Y le contó lo que pasaba.

El portero, asustado, fué a ver a la señora; pero no atreviéndose a dar la mala noticia, sólo indicó que una mujer deseaba hablarla de un asunto que interesaba vivamente al señor.

Manuela fué recibida en un gabinete próximo a la habitación en donde se hallaban Hortensia y su madre. Al oír las agitadas frases con que comenzó la portera a referir lo que ocurría, lanzó un grito la señora de Pérez.

Su hija acudió, y como tuvo que hacer un gran esfuerzo, porque apenas podía moverse del sillón en donde iba agotándose lentamente su vida, al enterarse de la causa que había motivado la alarma de su madre, sufrió un síncope.

—Vamos, señora, exclamó la Manuela, eso no será nada; que cuiden a la señorita, y nos otras corramos a evitar...

Las ayas, institutrices y doncellas acudieron en auxilio de Hortensia; su madre se puso un velo; explicó como pudo lo que ocurría, porque estaba agitada, y mandó buscar un coche de alquiler.

A esto eran las seis.

—¡A escape! dijo al cochero. Una buena propina, lo que quiera usted, si nos lleva a escape a Vista Alegre.

El caballo era vigoroso, y en media hora llegó el carruaje a la verja de la magnífica posesión.

En aquel instante se oyeron dos detonaciones.

—¡Mi esposo! gritó la señora de Pérez golpeando la verja. ¡Abra usted! ¡Abra usted! ¡Por piedad! añadió dirigiéndose a un guarda.

El pobre hombre adivinó quién era, porque sabía lo que pasaba, y guió a la angustiada señora y a Manuela por el camino más corto, para que realizaran el deseo que hasta allí las había conducido.

Otra detonación heló la sangre de sus venas.

—¡Allí, allí! gritó Manuela, descubriendo a los dos combatientes y a sus padrinos.

Dejando a la señora de Pérez y corriendo hacia Marcos, que en aquel momento apuntaba a su adversario: —No... no, gritó... no le mates; él es tu protector... él quien te sacó de la misera guardilla en donde vivías y te puso la imprenta; cuanto eres, cuanto tienes, cuantas comodidades puedes proporcionar a tu madre, él te lo ha dado, como a mí me portaría, como a doña Rosalía y a sus hijos...

Marcos arrojó [al suelo la pistola, y corrió hacia donde estaba el señor de Pérez.

—Mátame usted, le dijo; soy un infame.

En aquel momento llegó la pobre señora y se arrojó en los brazos de su marido.

Sólo los padrinos permanecieron serios y como contrariados.

—Doy todo género de satisfacciones, exclamó Marcos; pido perdón en público... Yo diré a todo el mundo que he padecido un grave error; un hombre tan generoso como el que ha sido hasta ahora mi adversario, no puede ser un miserable estafador, como aseguran los envidiosos.

La gratitud sublime, cubría de ridículo a aquel hombre que deseaba morir.

—Ahora quítame usted si quiere el pan, porque le he desobedecido; aunque me muera de hambre, me quedará el consuelo de haber evitado una desgracia, dijo Manuela a Pérez.

XXVII

Los padrinos de los dos adversarios se despidieron de ellos friamente. Temían el ridículo



Núm. 6.—TRAJE PARA RECIBIR



1 y 1 bis.—TRAJE PARA VISITA (Delantero y espalda.)

2 y 2 bis.—CHAQUETA FANTASÍA (Delantero y espalda.)

Núm. 7.—MODELOS DE ÚLTIMA NOVEDAD

4 y 4 bis.—TRAJE DE CEREMONIA (Delantero y espalda.)

3 y 3 bis.—TRAJE PARA PASEO (Delantero y espalda.)

que iba a cubrir aquella escena a los ojos de la buena sociedad.

Pérez y su esposa corrieron a su casa.

Cuando llegaron, Hortensia se moría. La idea del peligro en que estaba su padre había agotado sus fuerzas.

La alegría de verle la mató.

El millonario quedó sumido en el más profundo dolor.

Todos los beneficios que hacía se volvían contra él; hasta la pobre portera había querido pagárselos, cubriéndole de ignominia y contribuyendo a la muerte de su hija.

Pretextando que este terrible suceso le había anonadado, resolvió alejarse para siempre de España.

Pasado el novenario, partió con su familia a Francia, dejando a su administrador orden de vender su hotel, sus coches, sus caballos y de enviar su mobiliario a París, donde se propuso vivir alejado de la sociedad.

Eduardo no se enteró de nada.

Entregado a sus trabajos, poco menos que en un desierto, sin los periódicos y sin recibir cartas, sólo supo lo que le había sucedido por una que le escribió su padre, acusándole.

«He ahí tu obra», le decía.

«He ahí la mano de Dios», contestó su hijo.

Desde aquel instante la sombra creció y envolvió para siempre a aquel hombre envidiado por poderoso, a quien la conciencia había castigado tan despiadadamente.

—¡Cuántas desventuras pesan sobre el pobre Eduardo! dijo Elena a su madre, después de saber por Manuela todo lo que había sucedido.

—¡Si tú ángel pe consuelo para él exclamó doña Rosalía.

Elena se apresuró a escribirle.

Una semana después, llegó el hermano de la buena señora, hospedándose en casa de doña Blasa.

Por una feliz coincidencia, estaba desahogado el cuarto en donde había vivido doña Rosalía, y el mismo día de la llegada del viajero se tomó para que volviesen a él la madre y sus hijas.

—Podemos ser felices, les dijo; he realizado mi modesta fortuna, y con ella viviremos, dando gracias a Dios por habernos reunido.

La casa se amuebló; se estableció en ella la familia; doña Rosalía refirió minuciosamente a su hermano los sucesos que habían acaecido; doña Blasa, por su parte, ponderó las cualidades de Eduardo; Elena, que encantó a su tío, confirmó, llena de rubor, los elogios que hacían de su prometido, y éste escribió al joven rogándole que viniese a Madrid.

—Todavía no, contestó; cuando merezca la felicidad que deseo.

El hermano de doña Rosalía fué a buscarle, y después de oírle, acató su resolución.

La primera condición que le impuso Eduardo, fué que toda su fortuna la destinase a su hermana y sus sobrinos.

—Es noble y generoso, y hará la felicidad de nuestra Elena, pensó el buen señor lleno de gozo.

XXVIII

Un año después, el venerable párroco de San Nicolás bendecía la unión de los dos jóvenes, que tan dignos eran de la ventura que anhelaban.

Al día siguiente de su unión, sorprendió Eduardo a Elena escribiendo una carta.

Se acercó de puntillas, y sin ser visto, por encima del hombro de la joven, leyó:

«Al unirme a Eduardo he pensado en usted, y he pedido a Dios que le dé el consuelo que necesita. Yo devolveré a su corazón de usted el corazón que el mundo le ha arrancado. Entretanto crea usted que yo le quiero y le llamo con toda mi alma... ¡padre mío!»

Al trazar esta frase, Eduardo, con los ojos llenos de lágrimas, estrechó a su esposa en sus brazos.

—¡Eres un ángel! dijo.

—¡Que no lo sepa nadie!... balbuceó la joven. Tú y yo le amaremos en secreto.

La carta partió a su destino.

Fué un rayo de luz que permitió una vez más a aquel desdichado ver la sombra que le rodeaba.

FIN

CURIOSIDADES

LAS VIOLETAS

Como todos los años, estas modestas, humildes, bellas y simpáticas flores han aparecido en lo más crudo del invierno para recrear nuestro ánimo, endulzar nuestras tristezas y ofrecernos la esperanza de la primavera que vendrá a renovar las alegrías y los encantos de la vida.

En las ciudades donde se comercia con las flores, se venden ya los sencillos y perfumados ramitos de violetas, que permiten, por su módico precio, aun a las personas de más humilde condición, aspirar el suave perfume de la no menos humilde flor que, en búcaros preciosos, engalana también los gabinetes de las más opulentas y distinguidas damas.

Si damos crédito a la leyenda, el origen de la violeta se pierde en los tiempos

mitológicos. Pocos son los que ignoran que Júpiter y Juno no ofrecían el ejemplo de un matrimonio modelo. El primero no brillaba por su fidelidad, y la segunda dejaba bastante que desear bajo el punto de vista de la bondad y la mansedumbre. Así las cosas, el Soberano del Olimpo, que tenía condiciones de pirata callejero, cansado de hacer vida conyugal con su celeste y fastidiosa mitad, se escapó de su lado para correr detrás de la hermosa Io, una muchacha de la clase media de aquellos tiempos. Juno le persiguió, y sorprendiéndolo en amoroso coloquio, transformó a la pobre joven en vaca, vengando de este modo el ultraje que el calavera de su marido había inferido a la fe conyugal.

En el mismo momento en que se operó la transformación, Cibeles, para tener propicio a Júpiter, hizo brotar a los pies de la vaca unas humildes y preciosas florecillas, que fueron las violetas. Por donde quiera que pasaba la aman-



Núm. 8.—ABRIGO EMPERATRIZ

te condenada á mugir su desventura, una alfombra de violetas parecía aspirar á compensar su infortunio. Tal es la historia mitológica de la sencilla y simpática flor.

La violeta fué para los griegos y los celtas, nuestros antepasados, símbolo de la inocencia y la virginidad. Los sepulcros de las jóvenes doncellas se adornaban con ramos y coronas de violetas.

Durante todo el período de la Edad Media continuó este culto hacia la humilde florecilla del campo; y si, andando el tiempo, ha dejado de ser la violeta el emblema de la inocencia, no por eso ha dejado de ser una de las flores preferidas por las mujeres de delicado gusto y de poéticos sentimientos.

Conocidísima en todos los países es la violeta silvestre que se encuentra por vegetación espontánea en los linderos de los bosques, en el borde de los barrancos y á la sombra de los espesos matorrales. De esta modesta flor han salido todas las especies que se cultivan en los jardines, sencillas ó dobles, blancas, azules ó sonrosadas.

Citaremos las variedades predilectas, formando el árbol genealógico de la flor.

La violeta de Parma ordinaria, conocida desde hace mucho tiempo de un color azul claro, matizada con ligeras manchitas blancas, muy aromática y disfrutando del privilegio de florecer en pleno invierno, es la inmediata descendiente de la violeta silvestre.

De ella han nacido; la *violeta Millet*, también de Parma, de un hermoso color sonrosado; la *violeta blanca*, llamada *Zar*, muy florífera y de elevados pedúnculos, lo que hace que se la estime mucho para los ramitos con que adornan su pecho ó ocupan sus manos las señoras; la *violeta Bruneau*, cuyas flores, muy dobles, tienen los pétalos exteriores violáceos, mientras que los interiores tienen manchitas blancas y de un color violeta rojizo.

Con la violeta, lo mismo que con todas las plantas y flores que alcanzan el favor del público, se ha querido llegar á producir lo extraordinario. De este modo se ha obtenido una variedad de violetas con manchas blancas, y los horticultores han logrado convertir la planta en arbusto, dejando á cada una un solo tallo y cuidando de cortar todas las hojas que brotan en su parte inferior.

La multiplicación de las violetas se consigne, ó por la división de los esquejes, ó por la plantación de injertos que producen casi todas las especies. La mejor época para estas operaciones es la primavera ó á fines del verano.

Se ha hallado un medio químico de tener con variedades ordinarias violetas de diversos matices. Los vapores del azufre las ponen blancas, se vuelven verdes sumergiéndolas en álcali volátil, y encarnadas cuando se las sumerge en agua acidulada con vitriolo. Todos estos procedimientos artificiales me parecen inferiores á lo que la Naturaleza produce; pero los cito como una curiosidad.

Terminaré indicando que las violetas son las flores predilectas de las personas de sentimientos delicados y de exquisito gusto; y como su cultivo es fácil y sencillo, con ellas, no sólo pueden engalanarse los jardines, sino adornarse las habitaciones de la casa en que más vive la mujer y en las que, por lo tanto, se reúnen todos los encantos del hogar.

DANIEL GARCÍA.

Comenzamos la publicación de una de las más interesantes novelas de Julio Claretie, en la seguridad de que agradará á las señoras suscriptoras, como las que hasta ahora van formando la selecta colección de lecturas recreativas que les ofrecemos.

LOS MILLONES

POR JULIO CLARETIE

Primera parte.

I

Animación, bullicio, expansión alegría; todo á la luz de un sol primaveral: tal era el cuadro. París, ese puñado de parisienses que meten bastante ruido para que se les crea bajo su palabra que son *todo París*; el París novelero, se precipitaba en dirección de los Campos Elíseos y penetraba en el Palacio de la Industria, convertido en Exposición de Bellas Artes, para asistir al *vernissage* (1).

Era cosa convenida con bastante anticipación, que

(1) El *vernissage*, que significa literalmente la operación del barnizado de los cuadros por los pintores ó sus auxiliares, constituye en las Exposiciones de Bellas Artes que se celebran en París, una solemnidad, y, por decirlo así, la verdadera inauguración de los certámenes pictóricos. El autor da á continuación una idea de esta fiesta, más mundana que artística, y que desconocemos en Madrid. Aquí van los pintores al local de la Exposición, barnizan sus cuadros cuando les parece, y entran con ellos ó sin ellos los curiosos que quieren, por más que no suelen ser muchos. Así es que la palabra *vernissage* no tiene equivalente en nuestro idioma, por más que todos los artistas, y gran número de personas cultas, saben lo que significa.

(N. del T.)

á esta solemnidad discreta y reservada no concurriría ningún profano. Sólo los expositores, los operarios subidos á las escaleras de mano, los doradores y los porteros podrían penetrar en el santuario, como si se dijera: ¡nadie! A pesar de lo cual, se estrujaba la gente en los salones; apenas podían los pies tocar al suelo, y los trajes de las damas sufrían gran deterioro en aquellas apreturas, que salvaban á medias el instinto de conservación con los codos y la buena educación con la sonrisa y las excusas. Figurines vivientes de última moda, notabilidades de todos géneros, mezcla de todas las clases sociales, encuentros inesperados, sorpresas impertinentes, actrices en activo servicio, mujeres de viso, las modelos de los pintores en boga, la colonia extranjera, todo ese conjunto de antitesis irónicas, improvisado Olimpo de dioses de mayor y menor cuantía; el oro, el oropel y el talco se barajaban, se confundían y hasta se compenetraban, pero cuidando bien de no eclipsarse á las escrutadoras miradas de los periodistas indiscretos. Familias de pintores, melancólicamente detenidas ante el cuadro proscrito á las alturas, sin luz, sin vista y debiendo á la protección tan miserable puesto; apreturas y exclamaciones de admiración ante los lienzos cuyo éxito crecía de minuto en minuto; felicitaciones lanzadas por encima de las inquietas y bulliciosas cabezas, apretos de manos con detrimento de espaldas y de hombros colaterales. Un mar hirviente, con oleaje continuo: he aquí el aspecto que presentaba la Exposición, todavía en estado de crisálida.

Los más prácticos, ahitos de arte, molestados por la jaqueca, ó rendidos de aquella lucha cortés, se escapaban en dirección del más próximo *restaurant*, para recuperar la salud perdida ó las fuerzas quebrantadas, bajo los castaños del próximo paseo, cuyas nacientes hojas acariciaba el aura primaveral.

—¡Uf, me moría de hambre! dijo sentándose al lado de dos señoras y de dos señoritas, un hombre como de treinta y seis á treinta y ocho años, delgado y nervioso, á quien habían saludado muchas personas durante su breve excursión desde el Palacio de la Exposición hasta el *restaurant* al aire libre que había escogido para reparar sus desperfectos.

Las sillas, con los respaldos inclinados sobre la mesa, indicaban los puestos de un grupo de comensales, tomados de antemano. Eran siete. Un camarero defendía la mesa con la tenacidad y el valor de un soldado que defiende un reducto. Era la única mesa que quedaba vacante. Unos cuantos pintorillos de tres al cuarto, muertos de hambre también, habían querido tomarla por asalto, y al ver lo inútil de su intento, habían hablado de romper las sillas. Aquello fué una verdadera batalla.

Cuando el camarero vió llegar á las señoras precedidas del caballero, sin duda un parroquiano, lanzó un suspiro de satisfacción, como el del prisionero que recobra la libertad.

—¡Ah, Sr. Ribeyre! exclamó. ¡Ya era tiempo! ¡Dos minutos más, y se queda usted sin mesa!

Al decir esto, mostraba á muchas personas que de pie, y con ojos codiciosos, miraban sobre el blanco mantel los preparados cubiertos.

—Muy bien, Pedro, dijo Ribeyre, acompañando á sus palabras una sonrisa que prometía una buena propina; eres un valiente.

—Hace uno lo que puede por las personas á quienes estima, contestó el mozo.

Las dos señoras se sentaron acto continuo una enfrente de otra, y la más joven, agraciada morena de veintiséis á veintisiete años, se quitó la manteleta y la confió al camarero, mientras que la otra ocupaba el último puesto de la mesa con gran circunspección y como si aspirase á pasar inadvertida.

Había en la actitud humilde de esta mujer, de edad dudosa, todo un mundo de miserias acumuladas. Su traje decente, era mezquino, pobre. Su rostro expresaba timidez. Parecía desde luego una modesta institutriz.

Radiantes de belleza y en el albor de la juventud, las dos señoritas se sentaron también, en tanto que el camarero bajaba una persiana para librarlas de los rayos del sol, que rielaban sobre la mesa. Y las dos, una rubia, delgada, fina, con la expresión algo triste; la otra, alegre, gallarda, ojos azules, francos, cabellos rojos ondulados, cutis de nácar y labios encarnados algo gruesos, reían de verse allí, entre aquella algazara, entre aquel batiburrillo de parisienses de uno y otro sexo, agitados, divertidos, electrizados, como si bailaran una galop al compás de una música fantástica.

—Y bien, miss Maud, dijo Ribeyre á la más arrinconada de las dos señoras; ¿qué opina usted de la solemnidad de hoy? ¿Seguramente no se parece á la apertura de la *Royal Academy*, *Burlington House*?

—No, respondió miss Maud, con un acento inglés que daba cierto encanto á su voz ronca; pero no es ésta la primera vez que asisto á semejante espectáculo; vine también cuando tenía el honor de prestar mis servicios en casa del Sr. Víctor Ribeyre.

Al pronunciar estas palabras, buscaba con la mirada, una mirada verde mar, el rostro de su antigua discípula, la joven rubia de expresión seria, mientras que la joven pelirroja, cuyos labios de carmín animaban su rostro graciosamente orondo, iluminado por dos ojos claros y brillantes, exclamaba:

—Y, por lo visto, ahora que es usted mi institutriz, echa usted de menos aquellos buenos tiempos.

Como si la persiana caída hubiera proyectado su sombra sobre la frente de miss Maud, el rostro de la inglesa aumentó su habitual seriedad; en el fondo de sus pupilas había una melancolía resignada.

—¡Oh! exclamó procurando sonreír. Usted no es mala, mi querida Raimunda.

Raimunda cogió con su mano, que cubría un finísimo guante de piel de Suecia, la de la joven, que estaba sentada á su lado.

—Gracias por ese juicio tan benévolo. No soy mala... corriente. Pero mi prima Andrea es buena, y esto es mejor aún. Apuesto cualquier cosa á que no la refía usted nunca.

—¡Nunca! respondió miss Maud, con el más correcto laconismo.

—¿Conque eras tan perfecta como todo eso, querida Andrea?

—Vamos, vamos, dijo, un tanto enfadada la señora joven, al mismo tiempo que se quitaba los guantes y los dejaba en la mesa; déjalo de niñerías. ¿Esperaremos á tu papá, Raimunda?

—¡A mi papá! Ya sabe usted que sólo acude con exactitud á la Bolsa. Si no almorzamos hasta que venga, tenemos para rato.

—Pues bien, no le esperemos, dijo Ribeyre. Mozo... ¡la trucha en salsa verde!

—¿Por qué no ha venido tu papá? preguntó Raimunda á Andrea. ¿Es que odia la pintura?

—Ni tiempo tiene para odiar mi excelente primo, respondió Ribeyre por la joven, que calló. ¡Tú, querida Raimunda, te figuras que en este mundo todo es diversión! Guillemard, tu padre, es rico...; tú, su hija única, una niña mimada... sin madre.

—Y sin madrastra, añadió riéndose la señora joven, cuyo rostro resplandecía bajo sus cabellos castaños.

Ribeyre la miró con expresión de verdadero afecto.

—¡Oh! Usted, mi querida Genoveva, dijo, no es una madrastra, y Andrea sería injusta si la considerase como tal, cuando usted la quiere como si fuera su propia hija... su hermana menor... lo que usted prefiera.

Y después añadió, riendo con sinceridad:

—Cuando pienso que aconsejé á mi primo Víctor que no se casase con usted, reconozco que fui un torpe, por no calificarme de peor manera.

Genoveva Ribeyre se puso de pronto pensativa.

—Quizás hubiera obrado Víctor con más cordura no casándose, murmuró. Ya era bastante tener que labrar la fortuna de su hija.

—¡No diga usted eso! exclamó Andrea con profunda dulzura. Mi papá debe á usted su felicidad. ¡Y yo no siento envidia!

—Sí, añadió Genoveva; pero trabaja demasiado.

—¡Es verdad! suspiró Andrea.

El primo Ribeyre no escuchaba aquel diálogo. Llamaba al camarero, temeroso de que no les sirviera, al ver los innumerables aspirantes á restaurar sus fuerzas que, con el *Catálogo* debajo del brazo, llegaban en espesas y alborotadas oleadas desde el Palacio de la Industria al *restaurant*.

—¿Y esa trucha?

—En seguida... soy con ustedes al instante.

Y en tanto que Genoveva y Raimunda, para enganar el apetito, destrozaban los dorados panecillos de Viena y mordían los rábanos y las aceitunas, miss Maud se mostraba impasible, Andrea preocupada, y Ribeyre, que era pintor, contemplaba el cuadro original que aparecía á sus ojos, cuadro que todos los años se complacía en ver, y que siempre le parecía nuevo.

El *restaurant*, como antes los salones de la Exposición, estaba lleno de bote en bote, invadido, tomado por asalto. Por los intersticios de las persianas que cubrían las aberturas y el techo del *varandah* ó tienda de campaña donde estaban las mesas, penetraban hilos de luz, reflejándose en los manteles, en los platos y en los cubiertos. Y aquellas botellas multicolores, el oro de la *Chartreuse*, el verde de las aguas minerales, el encarnado de los rábanos, los guantes de distintos matices colocados en los ángulos de las mesas... todo aquello divertía á Ribeyre como si fuera una mascarada al aire libre.

Barullo de movimiento y de color, creciente murmullo de voces y de risas, los mozos paseando enormes *roastsbeefs*, truchas medio cortadas en lonjas y salseras de plata, súplicas y protestas en todas partes, el ruido de las copas y de los tenedores: esto oía y veía el pintor en torno suyo.

Las futuras medallas se remojaban alegremente con el *Moët* ó el *Saint-Marceaux*. Ribeyre se sentía mareado, sin tomar parte en estas libaciones, y atribuía el estado de su cabeza al sol que penetraba por todas partes, jugando con sus rayos sobre los rostros, los trajes, las joyas y cuanto había en aquel *restaurant*, donde la *high life* se codeaba con la *bohemia*.

Unos leían periódicos y comentaban las opiniones de los críticos, con expresión de júbilo ó de rencor; otros hojeaban el *Catálogo* y hacían anotaciones en sus páginas con el lápiz ó la uña. De cuando en cuando aparecía una cara conocida que buscaba en medio de la multitud otra cara amiga, precursora de un puesto en una mesa. La llegada de una celebridad femenina ó masculina ponía en actividad gran número de ojos.

¡Cómo habría divertido á Ribeyre el espectáculo, si no hubiera estado en ayunas!

—Pero vamos á ver, Pedro, exclamó: ¿nos da usted de almorzar hoy ó mañana?

El desfile continuaba. Un guapo joven, correctamente vestido y cuyo rostro parecía arrancado de un cuadro de Velázquez, apareció con la cabeza erguida y repartiendo al paso apretones de mano. Poco después le reemplazó en la atención de los que no comían un hombre cuyos cabellos blanqueaban, de aspecto tímido, ancho de hombros y á quien miraban todos como á una gloria, actitud que no dejaba de ponerle en aprieto. «Corregio en Alsacia», dijo uno. Tocó el turno de la expectación á otro personaje delgado, de ojos vivos, que al contemplar el cuadro que ofrecía el *restaurant*, huyó despavorido. Reían unos cuantos al descubrir un profesor del Instituto. Otros se recreaban ante el palmito de la actriz en boga, de la entretenida, olvidada ó codiciada.

(Se continuará.)

A LA LUZ DE LA LÁMPARA

Un retrato.—Las señoras del antiguo régimen.—Dos tipos.—Modelos.—Una condesa célebre.—Continúan las necrologías.—Un drama romántico.—Una estrella nueva.

Todas las *Illustraciones* de Europa han publicado en sus últimos números el retrato de una dama de una distinción verdaderamente notable. Ha pasado ya de la juventud en el momento en que el artista la reproduce, pero conserva los rasgos de una belleza que debió ser de primer orden: blondas negras cubren las trenzas blancas que forman argentada corona en torno de su cabeza, y gasas cierran pudorosamente hasta el cuello su traje, velando los contornos de la forma.

Este retrato, que lleva la fecha de 1883, es el de la emperatriz Augusta de Alemania, que ha fallecido recientemente en Berlín, en edad avanzadísima.

Al ver el retrato, se siente una impresión tristísima; no es sólo el de una personalidad que ha muerto, sino el de una raza que desaparece: la raza de las señoras del antiguo régimen.

No hagáis gracioso mohín de disgusto, mis bellas lectoras que pisáis los floridos senderos de la juventud, porque se os hable de lo que miráis como una anti-gualla. Vosotras no podéis figuraros todo lo que era una señora del antiguo régimen; pero si no habéis conocido á vuestra señora abuela, registrad en el cajón donde guarda sus más queridos recuerdos vuestra madre, y en presencia de la miniatura de una dama con el pelo en rizados sobre las sienes, el talle muy alto y las mangas abullonadas, preguntadle qué eran esas señoras que nacieron á fines del pasado siglo y á principios del presente, y oiréis acerca de ellas maravillas.

Vinieron al mundo en épocas de agitación y de lucha, y crecieron entre el rumor de las batallas, entre los azares de las persecuciones y sin tener hijo ni estable el hogar.

Casi todas las señoras de nuestra aristocracia que cuentan algunos años, tuvieron que mandar á buscar, para casarse, su partida de bautismo al extranjero, pues todas nacieron en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en el sitio donde se establecieron sus padres para pasar los años de la emigración ó cumplir el destierro con que salvaron su vida.

Estas circunstancias ejercieron, como es natural, poderosa influencia en su educación.

Hasta fines del pasado siglo, las damas españolas se habían educado cristiana y devotamente, pero sin gran brillo. Ciertamente es que sobresalen en los anales de las mujeres ilustres la Latina, que sabía más humanidades que un doctor de Salamanca; cierto es que merece brillar con lustre imperecedero doña Oliva Sabuco de Nantes, que en Filosofía, Medicina y otras ciencias se adelantó á los varones más eminentes de su tiempo; ciertamente también que la casa de Oñate cuenta entre sus ilustraciones una doctora *in utroque*; pero éstas, como Santa Teresa y la venerable sor María de Agueda, la consejera (así la hubiera escuchado el Rey) de S. M. Felipe IV y alguna otra que pudiera citarse, no eran más que excepciones; la regla general daba señoras muy devotas y muy poco ilustradas.

Pero todo cambió con la guerra de la Independencia, con las guerras civiles que siguieron y con las luchas y persecuciones que fueron su consecuencia.

La imaginación abrió nuevos horizontes á los espíritus, y los viajes, la lectura, el trato con diversas gentes, dieron una educación exquisita á las que fueron jóvenes allá por el año 20, y que nosotros hemos conocido ya ancianas, como la representación y el tipo de las señoras del antiguo régimen.

Había entre ellas dos tipos, unas que permanecieron fieles en el fondo á las tradiciones españolas, y otras que, de carácter más vivo y de pasiones más vehementes, siguieron las corrientes de las grandes damas francesas del siglo XVIII, teniendo en sus costumbres algo de Regencia.

Las primeras brillaron menos que las segundas: pero ¡qué excelentes tipos de señoras de su casa, de compañeras de la vida de los hombres más eminentes, nos han dejado como modelos!

Preguntad á los que conocieron á la condesa de Mina, á la duquesa de la Victoria, á su hermana la marquesa de la Habana, y ellos contarán maravillas de estas señoras, de tanto talento é ilustración como virtudes, y que estuvieron siempre á la altura del papel que les tocó representar en el mundo, hasta que se retiraron al fondo de su hogar á esperar tranquila y cristianamente la muerte y el descanso.

De las segundas hemos tenido en Madrid, hasta hace muy pocos años, que murió casi de repente, el tipo más perfecto y acabado.

Era una condesa, cuyo nombre no me atrevo á citar, por razones fáciles de comprender. Dotada de un talento extraordinario, comenzó á brillar en Francia en los últimos años del primer Imperio, y estuvo constantemente en escena hasta momentos antes de morir en edad ya muy avanzada, porque estas señoras jamás se resignaban á ser viejas.

La crónica de la corte contaba de su juventud cosas estupendas, algo así como una novela á la Pompadour, con mucho tación rojo, mucho color de rosa y muchos amorcillos gordiflores y coloraditos, jugueteando en camarines perfumados.

Nosotros la conocimos cuando ya habían pasado para ella, hacía mucho tiempo, los días de la juventud, que se obstinaba inútilmente en retener por medio de los artificios del tocador.

Se vestía con los colores más claros, no perdía nunca una fiesta, y tenía constantemente abiertos sus salones á los hombres más notables de la política.

Por coquetería de señora mayor, y por distinción de gran dama, se quería hacer pasar por partidaria del absolutismo, y quería que se la considerase muy devota, pero era en realidad el espíritu más ecléctico que ha existido en señora.

Estaba dotada de un gran talento, y éste le conservó con más éxito que su belleza hasta sus últimos años. La nota epigramática descollaba en ella, y ha dejado frases que serán siempre célebres; su actividad era tan grande como su ingenio, y la tenía constantemente ocupada con los numerosos pleitos que sostenía, con la correspondencia que seguía (era en los centros una *Mad. Seigné*), con el cuidado de su pingüe hacienda y con la ocupación constante de la vida mundana, pues no había ninguna fiesta en el gran mundo á la que ella no concurriese, ni intriga de que no estuviera enterada, ni historia de la que no supiera lo más secreto.

Hemos evocado el recuerdo de estos dos tipos de señoras del antiguo régimen, al ver el retrato de la emperatriz Augusta de Alemania, que perteneció al primero, siendo una dama de grandes virtudes y una digna compañera del emperador Guillermo.

Estos recuerdos no pueden ser más oportunos ahora, porque á pocos inviernos como el presente, el soplo helado de la muerte se lleva los restos ilustres de otras generaciones que aún quedaban, como el viento del otoño las hojas que se desprenden del árbol.

Murió Ronconi, ha fallecido Mariano Fernández, quedan ya pocos de los que nos recordaban con su presencia otras épocas, y estas *Crónicas* no van siendo, bien á pesar mío, otra cosa que necrologías.

Pero ¿de qué hemos de hablar á la luz de la lámpara si no hay fiestas? El baile de la embajada de Francia se ha suspendido por la enfermedad de *Mad. Cambon*, la distinguida embajadora, y *Mad. Bauer* no se atreve á lanzar las invitaciones para su baile, en vista de los lutos de sus amigos.

Nos refugiaremos en el teatro. El Español nos ha hecho asistir á una bella resurrección del romanticismo con *La verja cerrada*, drama en tres actos y en verso, original del Sr. Blanco Asenjo; un drama que nos transporta al reinado de D. Enrique II el de las Mercedes, que nos cautiva con la relación de fiestas y torneos y certámenes de gaita ciencia, que nos presenta en su período más palpitante los problemas de la piedra filosofal y que nos hace asistir, por último, á una profesión en el convento de las Huelgas de Burgos.

Y todo en magníficos y sonoros versos y en escenas patéticas y conmovedoras.

En el Teatro Real hemos asistido á la aparición de una nueva estrella del arte, la señorita Pacini, que se ha presentado en *Sonámbula*, en vista de que se prolongaba la indisposición que sufre la señora Nevada.

La señorita Pacini tiene una genealogía eminentemente artística. Su padre fué un barítono muy aplaudido, y su tío el autor de la ópera *Safo*. Su madre es una hermosa gaditana, y la nueva artista nació en Lisboa; de modo que nos encontramos casi con una compatriota.

Bella y de esbelta y delicada figura, la señorita Pacini es el tipo perfecto de la poética Amina. Su voz, no muy extensa, es bellísima, y canta con extraordinario gusto y exquisito sentimiento, apoderándose por completo del público, que la recibió al principio con alguna reserva.

Pero la reserva duró poco y los aplausos fueron entusiastas, consiguiendo la nueva artista un gran triunfo.

EL ABATE

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

M. M. de A., Coruña.—Se recibió el importe de la nueva suscripción que nos ha proporcionado. Damos á usted infinitas gracias.

P. B.—Ya habrá usted recibido el regalo.—Envío á usted mi más cordial felicitación por su efectuado enlace.

S. S.—Procuraremos complacer á usted lo más pronto posible.—Elija usted otro pseudónimo, porque el que me indica está ya apuntado en el libro.—Manto largo de granadina de lana sin velo.

Consuelo.—Tomo nota de este pseudónimo, y puede usted continuar usándolo.

Gayotra.—El luto que usted indica debe durar seis meses, tres de riguroso y tres de alivio.—En los números 62, 83 y 87 encontrará usted bonitos dibujos de malla.

Indulgente.—Entregué al administrador las 23 pesetas que incluía usted en su carta.—El cubrepies debe tener el ancho de la cama, pormetro y medio de largo.

P. Q. de F.—La tela cuya muestra me remite usted no me parece mal como clase, pero el color está bastante pasado de moda. Si encuentra usted un tono azul, beige ó nutria, resultará el traje más elegante.

Alegria.—Se remite á usted por segunda vez el número 107. No extrañe usted que la Administración no haya acusado recibo de la letra. Si tuviera que hacerlo con todas las suscripciones que diariamente nos favorecen, aumentaría sus gastos, ya crecidos; y si yo me encargase en esta sección de esa tarea, me faltaría espacio para contestar á las preguntas y consultas que interesan á las señoras. Recibir los números sin ninguna interrupción, es la mejor prueba de que ha llegado el importe de la suscripción ó renovación.

A. B. S.—El precio de una caja de polvos de *Candor* blancos es 4 pesetas en Madrid y 5 en provincias.

La grippe.—El precio de un sombrero en las condiciones que usted indica, es de 50 á 60 pesetas.—Trataré de complacerla con la descripción de un traje, en mi opinión muy á propósito para el objeto que usted desea. Chaqueta corta de cachemir beige, muy entallada y formando en la espalda aldeltas prolongadas, adornadas con menudos botoncitos de plata vieja. Los delanteros de la chaqueta, sin piezas, se adornan con filas de botoncitos de plata vieja y con grandes solapas, redondas, de paño blanco, cubiertas de bordados de fina *soutache* beige. Estos delanteros están sueltos sobre una camiseta de *surah*, formada por cuatro pliegues y un rizadito del mismo *surah*, colocado en el centro. Falda amazona de cachemir beige, guarnecida en el borde con una ancha tira de paño blanco bordada de *soutache* beige. Sombrero de fieltro beige, adornado con cocas de ancho galón de pasamanería de plata, enlazadas con cocas de cinta beige.

Pakma.—El coste total de su último encargo es 23 pesetas. Las dos pesetas que quedaron á su favor se han invertido en suscripción, siguiendo sus indicaciones.

Pipo de Sigras.—Si es usted muy jovencita, puede permitirse la fantasía de usar la gorra que indica. Por lo general, con impermeables se llevan pequeñas tocas de piel ó paño.—Haga usted el *matinée* de la forma siguiente: Espalda entallada. Delanteros fruncidos. Cuello vuelto de encaje blanco, terminando en chorrera. Mangas fruncidas, con hombreras y vuellitos de encaje. Cinturón de faya violeta, anudado en el lado. Lacitos de la misma cinta, adornando el escote y las mangas.

C. L.—He transmitido á Salvi su reclamación.—Soy de la opinión de usted, y creo que resultaría el gorro mucho más serio empleando en bordado de fina *soutache* de seda negra.

Roca diablera.—Comunico sus deseos al Director.—El *Agua sorprendente* devuelve á los cabellos su primitivo color.

Ilusiones perdidas.—En esa clase de disfraces cabe poca variación. Puede usted hacerlo de seda de dos tonos distintos, y adornarlo con cintas y encajes.—He consultado al *Doctor Alegre* respecto á la dolencia de su amiga, pero todavía no he recibido su contestación.

M. M., Tánger.—Nos es de todo punto imposible remitirle completa la novela *Martirio* porque está en publicación, y hasta ahora no se han repartido más que diecisiete cuadernos. Es muy interesante, en efecto.

A. P., Lérida.—Nos apresuramos á enviar á la señora doña Emilia Pardo Bazán el curioso documento que incluía usted en su carta, y que seguramente le agradará.

Mariposa.—El plegado acordeón no se puede hacer á mano; hay máquinas especiales que producen esta clase de plegados. Para trabajos de esta índole recomiendo á usted la casa especial de plegados y rizados, titulada *La Novedad*, plaza de la Cebada, 13, principal.

Clave de Sol.—Encuentro su pseudónimo muy de mi agrado y no le aconsejo que lo sustituya por otro, á no ser que tenga usted razones particulares para desear este cambio.

Marianela.—He recibido como siempre, con placer,

su última carta, y le agradezco que no haya usted guardado silencio por más tiempo. En el próximo número contestaré á usted respecto de los disfraces.

Golondrina.—Drapee usted la tela en el delantero, en la forma que indica el modelo. La parte de detrás, recta, se pliega á pliegues muy dobles.

P. P. P.—La Pomada de Candor da muy buenos resultados para facilitar el crecimiento del cabello é impedir su caída.—Los pájaros fantasía se emplean mucho este invierno en el adorno de los sombreros.

Anita.—Indicaré á usted una receta para limpiar el bronce dorado: se disuelve en una corta cantidad de agua un poco de potasa cáustica. Con esta preparación se lavan las manchas del cobre. Cuando éste se ha secado por completo, se mezclan cuatro gramos de sulfato de alúmina y cuatro gramos de ácido acético en 120 gramos de agua; esta disolución se extiende sobre la superficie del cobre dorado, y se deja secar por segunda vez, á un calor muy suave. Este procedimiento da muy buenos resultados para la limpieza de candelabros y palmatorias de cobre dorado.

R. de A.—No haga usted lo que me confía.—Comprendo que el resentimiento de usted es fundado; pero... ¡es tan hermoso y tan agradable perdonar!

LA SECRETARIA.

MEMENTO

Actualidad. En la presente estación es necesario ensayar los productos renombrados para los cuidados del cutis. A pesar de las intemperies, el rostro y las manos quedan intactos, gracias al uso de la *Crème Simon*, de los *Polvos de arroz* y del *Jabón Simon*. Evitar las falsificaciones extranjeras, exigiendo la firma de *Simon*. Rue de Provence, 36, París.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO

Hoja de cuatro páginas de dibujos á dos tintas, de bordados. Contiene los siguientes:

Núm. 1. Continuación del abecedario de bordado artístico para sábanas.—2. Cifras para camisas.—3. Enlace artístico para marcar toallas de lujo.—4. Enlaces para pañuelos de diario.—5. Nombre para centro de caja.—6. Cenefa festoneada para sábanas, ejecutada sobre batista fina (encaje *Richelieu*).—7. Centro de caja para pañuelos.—8 y 9. Enlace para pañuelo del cuello.—10. Cubierta para caja de guantes, bordada con torzales.—11. Festón para camisa, parte inferior.—12, 13, 14 y 15. Nombres para pañuelos.—16. Dibujo para pantallita de vela.—17, 18 y 19. Nombres y cifras para pañuelos de niños.—20. Ramo para centro ó esquina de cojín.—21, 22, 23, 24 y 25. Enlaces y cifras para marcar ropa interior

RECETAS DE LA MUJER CASERA

Para quitar las manchas de vino.—En la ropa de mesa, en la ropa blanca, y aun en las demás telas de color claro, es sumamente fácil quitar casi instantáneamente las manchas de vino. Basta para ello sumergir la parte manchada de la tela en una cacerola que contenga leche hirviendo. Quizá por eso cuentan que la leche dijo al vino: *Bien venido seas, amigo*. En este caso, puesto que le destruye, podía decirse al vino respecto de la leche: *Buenos amigos tienes, Benito!*

La Última Moda. Número suelto, servido por los Centros de suscripción, 25 céntimos. Suscripciones directas.—En la Península: tres meses, 3 pesetas. Seis, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre.—Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,30 pesos oro.—Filipinas: 6 p. f.—Portugal: seis meses, 1600 reis. Un año, 3000.

Son Agentes exclusivos de LA ÚLTIMA MODA: en Cuba, D. Juan Juli, Habana; en México, los señores J. Ballester y Compañía; en Buenos Aires, don Marcelino Bordo; en la República del Uruguay, D. Francisco Arroyo, y en Portugal, Mídres y C.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

T. JONES
23, Boul^d des Capucines, 23
PARIS
Fabricante
de Parfumeria Inglesa
EXTRA-FINA

Extractos compuestos
IMPERIAL RUSSE
ESS. BOUQUET
VICTORIA
CAPRICE
CHYPRE
MUQUET
PARADIS
W. Nélotropo
etc.

Especialidades
DE
T. JONES

T. JONES
23, Boul^d des Capucines, 23
PARIS
Fabricante
de Parfumeria Inglesa
EXTRA-FINA

Extractos compuestos
SOMETHING NEW
NEW MOWN HAY
STEPHANOTIS
OPOPONAX
VIOLETS
AIDA
W. ROSE
JUBILEE
etc.

Fluide Iatif
Sin igual para suavizar el cutis.
La Juvenile
Polvos de arroz sin ninguna mezcla química.
Lily Wash
Para embellecer el cutis y blanquear la garganta y los hombros.
Iatif Cream
Superior á todos los Cold Cream conocidos.
Agua de Tocador Jones
Tónica y refrigerante.
Elixir y Pasta Samohti
Dentífrica, antiséptica, blanquea los dientes, impide la carie y el tártaro.

Estos productos se encuentran en todas las buenas Perfumerías de España y América.

PILDORAS DE BLANCARD

CON
Yoduro de Hierro Inalterable

NEW-YORK
Aprobadas por la Academia
de Medicina de París,
Adaptadas por el
Formulario oficial francés
y autorizadas
por el Consejo médico
de San Petersburgo.

PARIS
1853

Participando de las propiedades del **Iodo** y del **Hierro**, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el germen escrofuloso (tumores, obstrucciones y humores fríos, etc.), afecciones contrarias a las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la **Clorosis** (colores pálidos), **Leucorrea** (flores blancas), la **Amenorrea** (menstruación nula ó débil), la **Tisis**.

En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas.

N. B. — El Yoduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas **Píldoras de Blancard**, exíjase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la Unión de Fabricantes.

Blancard

Farmacéutico de París, calle Bonaparte, 40
DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES

VINO DE MILLET
Chalybé Balsámico
TÓNICO RECONSTITUYENTE

Tónico superior, de una eficacia cierta en la **Anemia**, la **Clorosis**, la **Debilidad**, la **Impotencia**, las **Fiebres**, la **Bronquitis crónica**, las **Enfermedades Mentales** y **nerviosas**.—Precio 3 fr. el frasco. Modo de usarlo: dos ó tres copitas de las de licor cada día.

Dep^{to} F. E. MILLET, 41, r. des Francs-Bourgeois, PARIS
Se envían franco 2 frascos por 7 francos.

Frasco: 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPUILLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cutis limpio y terso

en París
B. St-Denis, 26

EL JUGUETE NUEVO, COMEDIA DE salón, en un acto, por Juan de Luz.—Precio, una peseta.—Pídase á la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD

E. COUDRAY

Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la **FRESCURA** de la
JUVENTUD y preserva de la **PESTE** y del **COLERA MORBO**.

En todas las Perfumerías y Peluquerías
de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE

Polvo de Arroz
especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por **CH. FAY**, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

POLVOS INGLESES PARA LA DENTICION
Preparados por el **DR. STEDMAN**
AVISO A LAS MADRES

Todos los niños, en el período de la dentición, sea cualquiera la enfermedad que tengan, deberán tomar estos Polvos, en la seguridad de que se aliviarán sus padecimientos. Se expenden en las más acreditadas Farmacias. Representante y depositario exclusivo para toda España: **J. CRUZ**, calle de SERRANO, núm. 35, moderno, Madrid.

DIENTES BLANCOS
Higiene de la Boca

EL AGUA DE BOTOT

Conserva los Dientes, Fortalece las Encías, Refresca la Boca.
Exíjase siempre la Verdadera Agua de Botot

DEPÓSITO GENERAL: 17, Rue de la Paix, PARIS
ANTIGUAMENTE: 229, Rue Saint-Honoré.
DE VENTA EN TODAS LAS PERFUMERÍAS.

Pídase también el Vinagre de Tocador, marca Botot, superior como primor y perfume.

Los Tirolese. Agencia general de publicidad española y extranjera. Barriónuevo, 7 y 9, Madrid.

LA PATE EPILATOIRE DUSSE

Privilegiada en 1836, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personajes del cuerpo médico, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparación. Se vende en **cajas**, para la barba y las mejillas, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol. — **DUSSE**, inventor, 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (En América, en todas las Perfumerías).

En Madrid: **MELCHOR GARCIA**, depositario, y en las Perfumerías **PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA**, etc. — En Barcelona: **VICENTE FERRER**, depositario, y en las Perfumerías **LAFONT**, etc.